

## Hambruna a la vista

Carlos LARRÍNAGA  
Historiador y politólogo

Con los graneros y silos de Ucrania casi llenos por la guerra que padece esta república, pronto sus campesinos se dispondrán a recoger la nueva cosecha sin saber muy bien cómo será almacenada. Desde al menos finales del siglo XIX, Ucrania, como integrante del antiguo Imperio Ruso, ha sido uno de los principales productores de cereales de Europa. Fue entonces cuando, gracias a los grandes avances en la navegación, con los barcos a vapor y sus cascos de acero, los granos ucranianos empezaron a venderse masivamente en la Europa occidental. Fue en esas décadas cuando el mundo asistió a una nueva fase de la globalización, incorporándose con carácter protagónico espacios como la Europa Oriental y el sur de América Latina, grandes proveedores de cereales y carne. Al punto que provocaron una profunda depresión agrícola-ganadera en los estados europeos de Occidente. Como suelo recordar a mis estudiantes, resultaba más barato importar trigo desde el puerto de Odesa por mar a Barcelona que transportar trigo de La Mancha por ferrocarril a la ciudad condal. Hablamos de suelos tremendamente fértiles, de salarios muy bajos y de un abaratamiento espectacular en el transporte mediante buques modernos y sumamente rápidos. Fue tal la condición de Ucrania de suministrador de cereales que Stalin aprovechó esta circunstancia para alimentar al resto de la Unión Soviética, generando una de las mayores hambrunas de la Europa contemporánea en la década de los treinta. Es lo que los ucranianos denominan Holodomor, que, en el contexto de la colectivización de la tierra, causó varios millones de muertos. Décadas posteriores, alcanzada ya la independencia en 1991, tras la implosión de la Unión Soviética, Ucrania se convirtió en uno de los principales exportadores de cereales y de semillas y aceite de girasol del mundo. Sin embargo, tras la invasión rusa de febrero, este flujo comercial ha quedado interrumpido, habiendo generado una subida espectacular de los precios de estas materias primas y, en consecuencia, de los alimentos. Si para las sociedades ricas del primer mundo, esto supone un problema inflacionista, para muchas naciones en vías de desarrollo, en especial de África, implica una amenaza severa de hambre y fallecimientos.

No es extraño, por tanto, que el pasado mes de junio, el presidente de la Unión Africana, Macky Sall, y el presidente de la Comisión de dicha organización, Moussa Faki Mahamat, se desplazaran a Sochi para entrevistarse con Vladimir Putin con el objeto de tratar este tema. Por supuesto, Sall enseguida le recordó que la mayoría de los países africanos evitaron condenar a Rusia. A este respecto, cabe recordar que sólo el Cuerno de África es una zona constantemente amenazada por la sequía, las malas cosechas y la guerra, lo que desata periódicas hambrunas y movimientos migratorios. Es lo que el dirigente africano vino a señalar: el temor de que una buena extensión de África padezca severamente la escasez de cereal si los granos ucranianos no llegan a estos destinos. Entonces el mandatario ruso prometió hacer cuanto estuviera en su mano, sabedor de las dificultades de la situación. Es evidente que los ucranianos están deseando poder expedir sus cereales al exterior y, de hecho, han canalizado algo de su producción en tren hasta sus fronteras terrestres y hacia los puertos bálticos. Pero eso no es suficiente y el stock sigue siendo enorme. De ahí la escasez de oferta en el mercado. Es por ello que Rusia está dispuesta a dejar pasar por el mar Negro navíos cargados con grano ucraniano. Pero no es tan fácil. Primero, las proximidades de los puertos ucranianos están minados con el fin de ser defendidos de los marines rusos. Kiev no se

fía del Kremlin y teme que, si desmina la zona, dichos enclaves puedan sufrir una invasión marítima de la armada rusa. Y aunque Moscú ha negado esta posibilidad, no se la creen. La desconfianza es tal que en estos momentos no confían en absoluto en las palabras de Putin. Y, segundo, Moscú exige alguna compensación por esta actitud de buena voluntad. Si Rusia permite el paso de los granos ucranianos, desean que Occidente dé algún paso en el levantamiento de las sanciones. Es decir, que la otra parte se comprometa también con alguna contrapartida que alivie las duras consecuencias que el embargo está teniendo para la economía rusa.

Sin duda, esto pone en un brete a los gobernantes occidentales, que tienen que elegir entre seguir arruinando la economía rusa para, de esta forma, tratar de menoscabar la fuerza ofensiva del Kremlin, o aflojar estas medidas para permitir que Rusia libere el cereal ucraniano y el mercado mundial de grano se recomponga evitando una hambruna en los próximos meses. La contrapartida sería una inyección económica y de moral a Rusia y es lo que los líderes occidentales no quieren hacer. La decisión, evidentemente, no es fácil, pero ¿hasta qué punto esos millones de seres humanos que pueden ser objeto de una catástrofe alimentaria como la que se atisba tienen la culpa? ¿Qué debe pesar más en la balanza: salvar esas vidas o hundir la economía rusa? Ése es el dilema que acucia a Occidente.

8 de julio de 2022

Publicado como “Hambruna” en *El Diario Vasco*, 13 de julio de 2022, p. 20